

NEOCAPITALISMO PERIFÉRICO, DICTADURA NEOFASCISTA Y GUERRA INTERNACIONAL: EL CASO DE ARGENTINA (1976-1983)

Marcos KAPLAN

SUMARIO: I. Un neofascismo específico. II. Mecanismos de autopreservación y autoreforzamiento. III. El paso de un umbral: Hacia el terror irrestricto y la dominación total. IV. Hacia una sociedad paralizada. V. La guerra de las Malvinas: a la apertura democrática por la derrota militar. 1. Razones y sinrazones del régimen militar argentino. 2. Caracteres y consecuencias. 3. Las potencias: ninguna grandeza, muchas servidumbres. 4. Problemas pendientes y tendencias de evolución.

El proceso contemporáneo de inserción en un nuevo sistema internacional de fuerte concentración del poder y en una nueva división mundial del trabajo, de crecimiento neocapitalista periférico, de múltiples cambios y conflictos sociales, ha llevado en la mayoría de los países latinoamericanos al despliegue de una variedad específica de crisis política y a una gama de respuestas de diferente signo para la misma. Entre éstas, destaca la identificada con los regímenes militares del Cono Sur: Brasil, 1964, Chile, 1973, Uruguay de los setenta, Argentina 1966-1973 y sobre todo 1976-1983. El último ha revelado además la posibilidad de combinación de sus características neofascistas en cuanto a su organización y funcionamiento interiores con la probabilidad y hasta la necesidad de un conflicto bélico con un país vecino (cuasi estallido de una gran guerra argentina/chilena), y luego la efectividad de la guerra con Gran Bretaña.

En lo que sigue se intenta la exploración de la interconexión y la interdependencia de las características de un régimen de cruzada que se comporta desde y a través del Estado como bando de una guerra civil de facto y permanente contra todo un sector de su población. Ello puede aportar decisivos elementos de información, y de diagnóstico, de evaluación y de pronóstico, sobre algunos de los más importantes dinamismos y conflictos de la historia latinoamericana contemporánea.

I. UN NEOFASCISMO ESPECÍFICO

Instaurado en marzo de 1976 y desplazado del gobierno más de siete años después, el régimen más despiadado y globalmente catastrófico de la Argentina constituye, en mi opinión, una variedad *sui generis* de fascismo, tentativa extrema y consecuente de dar una solución final a una crisis política de largo despliegue y creciente gravedad.¹

La Argentina contemporánea ha desplegado una contradicción cada vez más profunda e intensa entre el grado y las formas de su crecimiento económico, y los rasgos y efectos de su desarrollo sociopolítico y cultural-ideológico. Ello se manifiesta ya en las primeras décadas de este siglo, a la vez en los avances de la democratización entre formal y real y en los signos de su fragilidad. La etapa de crisis estructural permanente que se abre hacia 1930, convierte a la crisis de la democracia en fenómeno central y principal clave del proceso argentino.²

El avance del crecimiento neocapitalista tardío, dentro de la nueva división mundial del trabajo, y en el contexto específico de la Argentina, por sí mismo y por presupuestos, componentes y resultados, ha suscitado en las clases medias y populares una multiplicación de expectativas, demandas y presiones de participación ampliada. Referidas sobre todo al empleo, el ingreso, el consumo, el estatus y el prestigio, la cultura y el poder, aquéllas se han visto al mismo tiempo bloqueadas y frustradas por la insuficiencia y la irregularidad del crecimiento económico, por las características y consecuencias marginantes del propio proyecto neocapitalista; por una estructura sociocultural y política que siempre fue y ha seguido siendo (pese a breves e insuficientes interludios democratizadores) esencialmente elitista, oligárquica y autoritaria. Las tendencias a la real democratización social y cultural, pese a sus insuficiencias, han ido excediendo cada vez más las posibilidades y realizaciones de una democratización política efectiva.³

Desde los años treinta, esta contradicción fundamental a la vez produce y es producida o reforzada por situaciones recurrentes o perma-

¹ Kaplan, M., "¿Hacia un fascismo latinoamericano?", *Nueva Política*, México, vol. I, núm. 1, 1976.

² Kaplan, M., "50 años de historia argentina, 1925-1975: El laberinto de la frustración", en González Casanova, Pablo (comp.), *América Latina: historia de medio siglo: América del Sur*, México, Siglo XXI Editores, pp. 1-73.

³ Para un tratamiento más amplio de la naturaleza de la crisis política, ver Kaplan, M., *Estado y sociedad en América Latina*, México, Editorial Oasis, 1984, esp. cap. 4 y 5.

centes de conflicto social múltiple, inestabilidad, debilitamiento de la legitimidad y el consenso del sistema, crisis de hegemonía, vacíos de poder, alteraciones cíclicas de la institucionalidad democrática, predominio de fenómenos y regímenes autoritarios. Tales situaciones se expresan y refuerzan por una notable proliferación de ideologías, tendencias, movimientos de tipo político, y por una sucesión de gobiernos civiles y sobre todo militares. Muchos de estos fenómenos y tendencias —y las actitudes y comportamientos de malestar, crítica e impugnación que así se manifiestan y canalizan—, amenazan en diferentes grados al sistema de dominación y a las elites gobernantes y grupos dominantes, aunque sin afectarlos seriamente. Logran sin embargo que unas y otros perciban, cada vez más, a la democracia, incluso bajo expresiones más formales y limitadas, como amenaza a sus intereses y proyectos; como algo poco o nada compatible con los supuestos, las exigencias y los objetivos del proyecto de desarrollo neocapitalista periférico. Tras una serie de avances graduales y de experimentos parcialmente fallidos, sobre todo la dictadura de 1966-1973, y bajo el impacto traumático que produce el gobierno peronista de 1973-1976, el régimen militar recientemente concluido representa una nueva fase del problema, y un intento inédito para solucionarlo. Su significado histórico ha sido la capacidad demostrada para la búsqueda sistemática y la voluntad implacable de una solución final a cualquier costo para la contradicción entre el orden neocapitalista tardío tal como se da en el contexto específico de la Argentina, y los peligros actuales y sobre todo potenciales de democratización amplia y profunda. El carácter nuevo del régimen y de su proceso resulta de la siguiente combinación de rasgos definitorios.⁴

El nuevo régimen implica, ante todo, la asunción de la hegemonía por las fuerzas armadas, en su propio beneficio, como institución-casta, político-armada, partido-militar. A partir de su primacía, postulada *a priori* y sin discusión como principio genérico y regulador, las fuerzas armadas establecen una coalición, primordialmente con la nueva elite oligárquica y las empresas transnacionales, y secundariamente con sectores de la alta tecnoburocracia civil, de la clase media y la burocracia sindical.

A diferencia del fenómeno europeo de los años veinte y los treinta, el fascismo argentino (como sus equivalentes brasileño, chileno y uruguayo en sus especificidades y modalidades propias), carece en sentido estricto de identificación con el capitalismo monopolista de tipo clásico, de bases masivas, y de partido político. No es indispensable sin em-

⁴ Ver Kaplan, M., *op. cit.* nota 1.

bargo, para ser considerado tal, que este fascismo nativo reproduzca todos y cada uno de los rasgos y secuencias, de los significados y resultados, del fenómeno europeo. (Éste ha sido, por otra parte, más complejo y diversificado de lo que presentan los manuales dogmáticos, y los recientes intentos de embellecimiento implícito y legitimación oblicua.)⁵

El fascismo argentino es un fenómeno en sus comienzos, subdesarrollado y (en última instancia) dependiente, desigual y combinado en sus caracteres, articulaciones y procesos. Al papel hasta cierto punto promotor y sostenedor, en todo caso usufructuario, que el gran capital tiene respecto al fascismo europeo "clásico", corresponde en Argentina la alianza de la cúpula y la institución militar con la nueva elite oligárquica y con las empresas transnacionales; el entrelazamiento entre unas y otras; la implantación y avance del neocapitalismo periférico.

A diferencia de la Italia y la Alemania de los años veinte y treinta, el fascismo argentino no debe enfrentar grandes partidos socialistas y comunistas de masas. Intenta superar los problemas planteados por movimientos, partidos y gobiernos democrático-liberales, nacional-populistas de sesgo conservador como el peronismo, de izquierda moderada, así como por grupúsculos guerrilleros, todos los cuales han estado o están, en diferentes modos y grados, en situación de fracaso virtual, derrota, división, indefinición o inoperancia política. El régimen neofascista es instaurado, dirigido y estructurado por las fuerzas armadas, no destruidas por una guerra ni desgastadas por una crisis nacional de disolución, sino intactas en sus capacidades ofensivas y represivas, dispuestas a ejercerlas sin restricciones, y que son además hostiles a la participación política de las masas. Al asumirse y operar de aquí en adelante como partido único, las fuerzas armadas substituyen el partido militarizado del fascismo europeo con el militarismo politizado y de hecho partidista *sui generis* de su propia institución-casta.⁶

El régimen fascista argentino renuncia así, *a priori* —quizás en parte y provisoriamente—, a la legitimación y el consenso de tipo democrático-liberal. Se autolegitima por la propia fuerza y por el éxito en la

⁵ Entre la literatura que recupera la complejidad y la diversidad del fenómeno fascista, ver Nolte, Ernest, *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Barcelona, Ediciones Península, 1971; Payne, Stanley G., *El fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1980; Ayçoberry, Pierre, *La question nazie-Les interprétations du national-socialisme*, Paris, Editions du Seuil, 1979; Macciocchi, Maria-A. et al., *Éléments pour une analyse du fascisme*, Paris, Unión générale d'Édition, 1976, 2 vols.

⁶ Ver Kaplan, M., "Militarismo, crisis política y relaciones internacionales en la América Latina contemporánea", *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, año XIII, núm. 39, septiembre-diciembre de 1980.

represión; por la identificación de las fuerzas armadas con un proyecto propio, antes que con uno meramente instrumental o funcional a la clase dominante nativa y las transnacionales; por la misión histórica cuyo cumplimiento pretenden asumir (desarrollo/seguridad nacional, papel internacional como potencia media emergente o incluso regionalmente hegemónica). Se autolegitima, además, por una ideología extremadamente desarrollista, cientificista y tecnoburocrática.⁷

La cúpula militar, con el apoyo y la participación de elites oligárquicas y tecnoburocráticas civiles, pretende reestructurar el Estado como actor supremo de la sociedad. A su cargo está la asunción y el ejercicio de un autoritarismo represivo sin precedentes; la defensa de la nación contra una conspiración a la vez interna y externa; la garantía de una unidad y un orden que posibiliten a la vez el crecimiento económico, la seguridad, la integración nacional, la colaboración de clases, la paz social y el equilibrio político, todos componentes interdependientes de una misma constelación. Ello determina las exclusiones y los enemigos, la supresión de demandas peligrosas, la destrucción de todo lo que sea pluralismo político, participación ampliada, movilización de masas, la propia esfera política de la sociedad.

El uso en un grado y con un alcance sin precedentes de las formas simbólicas de poder, y de las técnicas y aparatos de información, comunicación y control social (medios de masas, electrónica, organización y manipulación, corrupción), bloquea, reduce o suprime el conocimiento de la realidad, la emergencia y el despliegue de la racionalidad y la concientización sociopolíticas. Se busca generalizar las actitudes y las conductas de conformismo y apatía, de consenso, sobre todo pasivo, para el propio régimen y sus beneficiarios. Se apunta al encuadre ideológico, político, administrativo, policial y militar de la sociedad, a la atomización y subordinación completa, privándola de órganos actuales o posibles de expresión, de participación y de control.

Militarización del poder y universalización de la represión se corresponden y entrelazan. Las fuerzas armadas se *polítizan* independizan, como liderazgo supremo y máxima o única agencia integradora de la nación. Una dictadura irrestricta para la salvación nacional impone la disciplina militar a la sociedad en su totalidad. Los medios de violencia aumentan en número y centralización, en la arbitrariedad y desmesura de su despliegue. Su uso se vuelve normal para el control social, la imposición ideológica, la coacción política, la destrucción psicológica y moral. La violencia se vuelve la solución preferida para todo problema. La militarización del poder se refuerza por la tendencia a

⁷ Ver Kaplan, M., *op. cit.* nota 1.

la tecnocracia de sectores importantes de las fuerzas armadas, y por las relaciones de cooperación y alianza con grupos significativos de la tecnoburocracia civil, así como por las redes de complicidades con instituciones y sectores de distinto tipo.

La represión se universaliza en sus objetivos, en sus destinatarios, en sus formas, en sus niveles y aspectos. Sus medios se incrementan en número, refinamiento, intensidad y eficacia. Sus instrumentos normales se combinan con los correspondientes a las organizaciones parapolíticas y paramilitares, y con los métodos de una microguerra civil, no declarada pero llevada adelante sin escrúpulos de ningún tipo. Se rompe así, más aún, todo vestigio de equilibrio precario entre la represión estatal y paraestatal por una parte, y la capacidad defensiva y ofensiva de las clases e instituciones de la sociedad civil. El régimen neofascista obstaculiza y destruye organizaciones y movimientos, procesos de conscientización, participación y movilización populares; coproduce y refuerza las tendencias a la despolitización, al conformismo y la apatía en sectores mayoritarios. Militarización del poder y de la sociedad, universalización y desmesura de la represión son —a ello se vuelve luego— los principales instrumentos y mecanismos inherentes al régimen, para su autoreforzamiento y su autopreservación. Se convertirán, además, los más grandes obstáculos para el éxito del futuro gobierno civil y para el avance de una democratización efectiva y duradera.

Finalmente, el régimen neofascista presupone el neocapitalismo dependiente y la inserción subordinada en la nueva división mundial del trabajo; y, hasta cierto punto, el sometimiento a la hegemonía norteamericana en un sistema internacional bipolarizado. La cúpula militar se entrelaza con el proyecto de crecimiento neocapitalista periférico y con los grupos nacionales y extranjeros que con aquél se identifican y al cual usufructúan; los favorece en su implantación, en su progreso, en el goce monopolista de sus beneficios. Al mismo tiempo, la alta dirigencia militar en posición hegemónica se autolegitima con el crecimiento discutible y la transitoria prosperidad; los usa, lo mismo que a la elite oligárquica, a las transnacionales, a los directivos políticos y militares de los Estados Unidos; puede a veces postergar o afectar los intereses de unas y otros para privilegiar los propios y los de su proyecto específico. La política económica sirve a los jefes militares para combinar la creación de condiciones de éxito de su proyecto político-estratégico, y el disfrute de un saqueo económico sin precedentes de la Argentina para la fantástica operación de acumulación privada, compartida en sus beneficios por la oligarquía financiera *trans-*

nacionalizada, las empresas extranjeras y, durante un tiempo, también por una parte importante de la clase media.

II. MECANISMOS DE AUTOPRESERVACIÓN Y AUTOREFUERZO

El análisis crítico de este régimen, sus causas y naturaleza, sus rasgos e implicaciones, no puede ignorar la existencia de instrumentos y mecanismos inherentes de autopreservación y autorefuerto. El carácter monstruoso del régimen y su proyecto no predeterminan necesariamente su fracaso a corto o mediano plazos, por autodestrucción, por rebelión de víctimas, o de autoabdicación traducida en una entrega voluntaria del gobierno. Por el contrario, la génesis y la índole del proyecto, sus caracteres y sus efectos, explican en una medida considerable la permanencia del régimen, la inexistencia o la ineficacia de resistencias y alternativas políticas, su duración y su conclusión por el impacto primordial de un evento externo e imprevisto, y parte de las dificultades de la democratización.

Ante todo, la elite militar ha llegado al poder para quedarse. Se identifica a sí misma y a su hegemonía con una especie de cruzada sin plazo y sin límites, que legitima al régimen en sí mismo, y a todas sus políticas y actos. Cualesquiera que sean sus disidencias y rivalidades internas, aquélla está unida por el propósito común: por la necesidad de defenderse contra enemigos y peligros de distinto tipo (internos y externos, reales e imaginarios). Está unida también por las realidades inmediatas y las perspectivas futuras de disfrute de poderes y recursos, de ingresos y privilegios que la posición de casta hegemónica otorga a sus principales dirigentes y componentes y, en menor grado, a sus subordinados y aliados. Los excesos en la represión y en el cumplimiento despiadado del crecimiento neocapitalista, con todas sus consecuencias destructivas y catastróficas para la mayoría de la población, hacen temer a los miembros de la elite militar las posibles exigencias de investigación y castigo, o la simple venganza, de las víctimas, sus familiares y amistades. La feudación del poder y de la represión (por armas, servicios, jefes, facciones), el desborde del *gangsterismo* paramilitar y parapolicial, agravan este peligro y dificultan la eliminación de las bandas armadas que han adquirido su lógica y dinámica propias y, por lo tanto, obstaculizan la negociación para una eventual salida democrática bajo tutela. Organización para la represión total y permanente, uso del absolutismo estatal para el saqueo público en beneficio de la acumulación privada de jerarcas militares y de la oligarquía financiera *transnacionalizada*, en convergencia con la

emergencia de diversas formas de economía criminal (narcotráfico, comercio de armamentos, etcétera), coproducen el fenómeno de *gangsterización* o *amañamiento* del aparato estatal.

Los dirigentes y miembros de la elite oligárquica y de la alta clase media temen que la desaparición del régimen neofascista les haga perder muchos de los beneficios de todo tipo, directos e indirectos, que aquél les ha otorgado: saqueo financiero, alta rentabilidad empresaria, contratos con el Estado, especulación, empleo en niveles altos e intermedios del Estado, dólar barato para un turismo y un consumismo cosmopolita de dimensiones y rasgos delirantes. (Ello como se verá es el nivel superior de una cadena descendente de complicidades y beneficios directos e indirectos que por un tiempo abarca considerables sectores medios y populares de la sociedad argentina.)

A estos mecanismos debe agregarse el múltiple impacto sociocultural, psicológico, ético y político del fenómeno ya señalado más arriba: el entrelazamiento de la militarización y la represión y su cristalización en el sistema de terror limitado.

III. EL PASO DE UN UMBRAL: HACIA EL TERROR IRRESTRICTO Y LA DOMINACIÓN TOTAL

Militarización del poder y universalización de la represión no son rasgos e instrumentos algo extremados de regímenes un poco más coercitivos que sus similares precedentes, como se inferirá de calculadamente pudorosas calificaciones que han tenido circulación en medios académicos y políticos (autoritarismo burocrático, régimen de excepción, dictadura de nuevo tipo). Es sobre todo en esta dimensión (pero no sólo en ella) que el régimen argentino de 1976-1982 representa el paso de un umbral hacia la posibilidad de un sistema de dominación total por el terror sin límites. Ello no expresa sólo características sico-sociales, ideológicas y políticas de la elite militar hegemónica, ni requerimientos instrumentales del proyecto político-económico a cumplir por aquélla. Es expresión de tendencias más generales, profundas y a largo plazo, en lo económico, demográfico, social, cultural, ideológico, político y militar, así como la superación o destrucción de barreras psicológicas, éticas, institucionales y jurídicas; todo en un contexto histórico mundial de crisis gigantescas en sus dimensiones e implicaciones, y aplastantes en sus consecuencias (guerras mundiales y civiles, revoluciones, catástrofes económicas).⁸ Si tales tendencias son propias de la civi-

⁸ Para la ubicación de las tendencias en perspectiva histórica ver Rubenstein, Richard L., *The cunning of the history - The Holocaust and the American Future*.

lización capitalista occidental en el siglo xx, ante todo en sus centros desarrollados y polos hegemónicos, sus proyecciones y efectos se despliegan también crecientemente en contextos y con rasgos y alcances específicos en la Unión Soviética y su bloque, y en Latinoamérica y el Tercer Mundo (para el caso Argentina).

La mutación ya en marcha desde hace décadas del capitalismo mundial, la incorporación de Argentina y Latinoamérica a la nueva división mundial del trabajo, la implantación y el avance del neocapitalismo periférico, se identifican cada vez más con el funcionamiento irrestricto de un sistema que vuelve a un creciente segmento de los recursos humanos capacitados, cada vez menos utilizable en papeles socioeconómicos significativos. Una parte cada vez mayor de la población tiende a convertirse en permanentemente redundante y, por lo tanto, ingobernable y subversiva. El sistema y su peculiar racionalidad económico-tecnológica y social tiende a producir en Argentina y Latinoamérica una creciente subclase de *parias*, no alcanzables por los controles, incentivos y penalidades normales del orden establecido; una masa de ciudadanos y habitantes desviadores, generadores de una "patología social" que se expande y en cualquier momento se manifiesta como descomposición ideológica y subversión política. En una peculiar mixtura de realismo inmediato, previsión lúcida y paranoia extrema, los grupos dominantes y explotadores y las instituciones de control y represión, sus aliados y sus clientelas, comienzan a buscar y a experimentar, en parte a ciegas pero cada vez más deliberadamente, por la prueba y el error, los instrumentos y procedimientos para superar las amenazas actuales y posibles de lo que en parte es percibido como población superflua, la subclase de los inasimilables y disruptivos; proporcionan las condiciones sociopolíticas y de los justificativos ideológicos, el personal capacitado y predispuesto, el instrumental refinado y eficaz, de la violencia para reprimirlos o suprimirlos, para su exterminio como solución final de los problemas que su existencia plantea. Ello goza además de una gama de condiciones favorables, proporcionadas por la historia y la contemporaneidad universales y argentinas, los intentos procedentes en el país y los rasgos y logros del régimen fascista.

Para el mundo y para Argentina, el siglo xx ha sido cada vez más la época de la ruptura casi absoluta del equilibrio en las relaciones entre el Estado y sociedad civil, entre gobernantes y gobernados; del poder crecientemente aplastante del Estado, del Poder Ejecutivo y de la dominación burocrática. A ellos se agrega la disponibilidad mayor

New York, Harper Colophon Books, 1975; también la ya clásica obra de Hannah Arendt sobre el totalitarismo.

y el aumento del peso cuantitativo y cualitativo de burocracias militares, policiales y, subsidiaria pero útilmente, civiles, capacitadas y disciplinadas en y para la organización, la acción y el control sociales, en y para el uso sistemático y eficaz de las tecnologías de información y de violencia cada vez más elaboradas. Este peso incrementado de lo burocrático provee o refuerza la aptitud y la proclividad para la frialdad deshumanizada del personal militar-policíaco y civil implicado o responsable directa o indirectamente, en cuanto al examen y diagnóstico de los problemas de la subversión, su represión, las soluciones que se proponen y su ejecución. Ello incluye la capacidad para una racionalidad demencial en el cálculo metódico de los métodos adecuados al servicio de fines prácticos dados, con descarte de toda consideración legal y ética.

Militares y policías con papel protagónico y poder de decisión final, con entrenamiento y proclividad para la violencia irrestricta, hallan además inspiración en la multiplicidad de ejemplos internacionales que proporcionan la historia y la realidad contemporánea. Una y otra les proyectan las imágenes correspondientes a una oferta limitada de poblaciones excedentes y de masas de individuos indeseables o gastables, condenados al sufrimiento pasivo de situaciones de dominación y explotación totales, y de su exterminio administrativamente organizado por Estado y gobiernos de todo tipo, según lo que son o se consideran necesidades de los diferentes sistemas y regímenes (capitalistas o socialistas, desarrollados o atrasados). Este rico depósito histórico-mundial de experiencia, de "saber qué y por qué" y de "saber cómo", alimenta una ideología justificatoria de tipo neofascista, preconstituida pero adaptada y reelaborada según los actores y condiciones locales y de la cual la "doctrina de la seguridad nacional" es importante componente pero no verdadero equivalente o sustituto.

Las fuerzas armadas disponen así de una visión y de un discurso que justifican la propia hegemonía, la cruzada sin restricciones ni plazos, la permanencia indefinida en el poder y su uso y disfrute irrestrictos, la apropiación de la incalculable tajada en el reparto desenfrenado del ingreso y la riqueza nacionales. Para todos sus miembros, pero sobre todo para los grupos e individuos implicados directamente en la represión y el exterminio cuasi genocida, se da la posibilidad de realizar sueños y fantasías de destructividad y saqueo. Se dispone de razones y coyunturas para instituir y cumplir programas de exterminio contra grupos considerados superfluos e inestables. Se puede visualizar al propio pueblo, especialmente los jóvenes, como material gastable en conflictos internos ("guerra sucia" contra la subversión)

o internacionales (casi actualizado con Chile, efectivamente contra Gran Bretaña por las Malvinas).

Este régimen fascista produjo, así, en Argentina "la más grande tragedia de nuestra historia, y la más salvaje... todo lo cual va más allá de lo que pueda considerarse como delictivo para alcanzar la tenebrosa categoría de los crímenes de lesa humanidad".

Los derechos a la vida, a la integridad personal, al debido proceso, al no sufrimiento de condiciones inhumanas de detención, de negación de justicia o de ejecución sumaria: todos

fueron violados en forma orgánica y estatal por la represión de las Fuerzas Armadas. Y no violados de manera esporádica sino sistemática, de manera siempre la misma, con similares secuestros e idénticos tormentos en toda la extensión del territorio. ¿Cómo no atribuirlo a una metodología del terror planificada por los altos mandos? ¿Cómo no podrían haber sido cometidos por perversos que actuaban por su sola cuenta bajo un régimen rigurosamente militar, con todos los poderes y medios de información que esto supone? ¿Cómo puede hablarse de excesos individuales?... Esta tecnología del infierno fue llevada a cabo por sádicos pero regimentados ejecutores... Así, cuando ante el clamor universal por los horrores perpetrados, miembros de la Junta Militar deploraban los "excesos de la represión, inevitables en una guerra sucia", revelaban una hipócrita tentativa de descargar sobre subalternos independientes los espantos planificados.⁹

La universalización de la represión y su carácter deliberadamente demencial y arbitrariamente irrestricto se va perfilando más claramente a partir y a través de sus supuestos y métodos. Ante todo, se requiere una definición legal y burocrática, de interpretación extensible a voluntad y capricho hasta el infinito de una o varias categorías -imágenes de enemigos internos- externos, como víctimas potenciales pero disponibles para su actualización en cualquier momento y circunstancia. Aquéllos se ordenan en un eje identificado con la categoría universalizable al infinito, susceptible de una amplia diversificación de encarnaciones concretas: *el subversivo*. La función de esta categoría es la privación de identidad humana a todo el incluido en ella, la asignación de una identidad parantropoide, subhumana.¹⁰ Ello elimina, al res-

⁹ Esta y las siguientes citas corresponden al prólogo de *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1984, pp. 7-11.

¹⁰ Ver el análisis de Rubenstein, Richard L., *op. cit.* nota 8.

pecto, cualquier traba de tipo social, político, jurídico o ético; lo priva completamente de sus derechos individuales y ciudadanos y de sus propiedades personales, prepara la posibilidad de su eliminación sicológica y física.

La lucha contra los "subversivos", con la tendencia que tiene toda caza de brujas o de endemoniados, se había convertido en una represión demencialmente generalizada, porque el epíteto de subversivo tenía un alcance tan vasto como imprevisible. En el delirio semántico, encabezado por calificaciones como "marxismo-leninismo", "apátridas", "materialistas y ateos", "enemigos de los valores occidentales y cristianos", todo era posible: desde gente que propiciaba una revolución social hasta adolescentes sensibles que iban a villas-miseria para ayudar a sus moradores. Todos caían en la redada: dirigentes sindicales que luchaban por una simple mejora de salarios, muchachos que habían sido miembros de un centro estudiantil, periodistas que no eran adictos a la dictadura, psicólogos y sociólogos por pertenecer a profesiones sospechosas, jóvenes pacifistas, monjas y sacerdotes que habían llevado enseñanzas de Cristo a barriadas miserables. Y amigos de cualquiera de ellos, y amigos de esos amigos, gente que había sido denunciada por venganza personal y por secuestrados bajo tortura. Todos, en su mayoría inocentes de terrorismo o siquiera de pertenecer a los cuadros combatientes de guerrilla, porque éstos presentaban batalla y morían en el enfrentamiento o se suicidaban antes de entregarse, y pocos llegaban vivos a manos de los represores.¹¹

Se trata de proceder a una identificación universal, tan arbitraria como extensible al infinito, de las diferentes categorías definidas como superfluas (en lo económico, lo social, lo étnico, lo ideológico, lo sicológico, lo político), de los individuos o grupos que no se conforman o someten, que protestan y resisten, con la categoría ontológica del subversivo. Sobre todas sus encarnaciones inapelablemente asignadas se puede ejercer el terror sin límites, como parte de un proceso de preparación para los avances de la supremacía absoluta del Estado y del neocapitalismo periférico, para la aceptación incondicional de sus peores efectos directos e indirectos, sus costos, alienaciones y destrucciones. El recurso prioritario al terror desdeña los esfuerzos y éxitos por la persuasión y la recompensa, todo cálculo pragmático para un tratamiento mínimamente humano de las víctimas. Se tiende a eliminar toda implicación humana entre dominadores y dominados, explotadores y explotados, en todos los aspectos y niveles de la vida socioeconómica y política

¹¹ *Op. cit.* nota 9.

y de la existencia cotidiana. La mayoría de las personas deben convertirse en cosas, instrumentos pasivos que respondan a la voluntad de los amos, súbditos sin libertad impredecible de acción, con respuesta automáticamente asegurada a toda orden de la autoridad. Los instrumentos y mecanismos de la detención, el encarcelamiento clandestino y la desaparición homicida son —aunque recién van emergiendo los datos necesarios para la percepción de las dimensiones y profundidades de esta experiencia infernal— altamente significativos.

Los operativos de secuestro manifiestan la precisa organización, a veces en los lugares de trabajo, . . . otras en plena calle y a la luz del día, mediante procedimientos ostensibles de las fuerzas de seguridad que ordenaban “zona libre” a las comisarías correspondientes. Cuando la víctima era buscada de noche en su propia casa, comandos armados rodeaban la manzana y entraban por la fuerza, aterrorizaban a padres y a niños, a menudo amordazándolos y obligándolos a presenciar los hechos, se apoderan de la persona buscada, la golpean brutalmente, la encapuchan y finalmente la arrastran a los autos o camiones, mientras el resto del comando casi siempre destruía o robaba lo que era transportable. De ahí se partía hacia el antro en cuya puerta podía haber inscritas las mismas palabras que Dante leyó en los portales del infierno: “Abandonad toda esperanza, los que entráis”.¹²

Hasta la presentación de su informe *Nunca más*, que he venido citando en los precedentes párrafos, la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas estima en 8,960 el número de personas en situación de desaparición forzosa, cifra no definitiva, por ser muchos los casos de desapariciones no denunciadas por diferentes motivos. Esta metodología represiva tiene antecedentes previos al golpe militar del 24 de marzo de 1976, pero a partir de entonces, con el control absoluto del Estado por fuerzas armadas empeñadas hasta la desmesura en la realización de su proyecto, aquélla tiene una implantación generalizada.

El fenómeno de las desapariciones forzadas se presenta como un hecho masivo, sistemático y repetido, una práctica administrativa tendiente a la eliminación lisa y llana de opositores políticos indeseables sociales e ideológicos. La represión se ubica en dos niveles. En primer lugar, un régimen de excepción extiende la competencia de los tribunales militares al juicio de civiles, recurre a la pena de muerte y al Estado de sitio. En segundo lugar, las fuerzas armadas en el poder optan por la aplicación de normas secretas, derivadas de una doctrina de guerra. En una es-

¹² *Ibidem*.

estructura militar de tipo celular, cada unidad puede impunemente secuestrar personas, detenerlas clandestinamente, torturarlas, ejecutarlas. A ello se agrega el saqueo y la apropiación de los bienes de la víctima; la frecuente entrega de hijos menores a terceros; el mantenimiento de las familias en la ignorancia total; el control de la opinión pública por el secuestro de personalidades de la prensa y la defensa jurídica; la convalidación por la pasividad o la complicidad activa del poder judicial. Este segundo nivel normativo se organiza bajo la dependencia de cada uno de los comandantes en jefe de las tres armas, pero de modo paralelo, de modo tal que se mantiene la ficción del funcionamiento normal de algunas instituciones del Estado de derecho.¹³

Secuestradas las víctimas por efectivos militares y policiales, que a veces ocultan su identidad y a veces la exhiben en arrogante despliegue de intimidación e impunidad, son conducidas a uno de los 340 centros clandestinos, dirigidos por altos oficiales de las fuerzas armadas y de seguridad. Los detenidos son alojados en condiciones infrahumanas, sometidos a toda clase de tormentos y humillaciones. "La comprobación de la extensión que adquirió la práctica de la tortura en tales centros y el sadismo demostrado por sus ejecutores resultan estremecedores. De algunos de los métodos empleados no se conocían antecedentes en otras partes del mundo."

La CONADEP ha comprobado que en el marco de la metodología investigada fueron exterminadas personas previamente detenidas, con ocultamiento de su identidad, habiéndose en muchos casos destruido sus cuerpos para evitar su posterior identificación. Asimismo se pudo establecer, respecto de otras personas que en la versión de las fuerzas represivas habrían sido abatidas en combate, que fueron sacadas con vida de algún centro clandestino de detención y muertas por sus captores, simulándose enfrentamientos o intentos de fuga inexistentes...

...De este modo, en nombre de la seguridad nacional, miles y miles de seres humanos, generalmente jóvenes y hasta adolescentes, pasaron a integrar una categoría tétrica y fantasmal: la de los Desaparecidos. Palabra —¡triste privilegio argentino!— que hoy se escribe en castellano en toda la prensa del mundo.

Arrebatados por la fuerza, dejaron de tener presencia civil. ¿Quiénes exactamente los habían secuestrado? ¿Por qué? ¿Dónde estaban? No se tenía respuesta precisa a estos interrogantes: las autoridades no habían oído hablar de ellos, las cárceles no los tenían en sus celdas,

¹³ Ver Mattarollo, Rodolfo, "Disparitions forcées et crimes contre l'Humanité", *Le Monde Diplomatique*, Paris, Mars. 1981; Timerman, Jacobo, *Prisoner without a name, cell without a number*, New York, Alfred A. Knoph, 1981.

la justicia los desconocía y los habeas corpus sólo tenían por contestación el silencio. . . Nunca un secuestrador arrestado, jamás un lugar de detención clandestino individualizado, nunca la noticia de una sanción a los culpables de los delitos. Así transcurrían días, semanas, meses, años de incertidumbres y dolor de padres, madres e hijos, todos pendientes de rumores, debatiéndose entre desesperadas expectativas de gestiones innumerables e inútiles, de ruegos a influyentes, a oficiales de alguna fuerza armada que alguien les recomendaba, a obispos y capellanes, a comisarios. La respuesta era siempre negativa.

Desde el momento del secuestro, la víctima perdía todos los derechos; privada de toda comunicación con el mundo exterior, confinada en lugares desconocidos, sometida a suplicios infernales, ignorante de su destino inmediato, susceptible de ser arrojada al río o al mar, con bloques de cemento en sus pies, o reducida a cenizas; seres que sin embargo no eran cosas, sino que conservaban atributos de la criatura humana; la sensibilidad para el tormento, la memoria de su madre o de su hijo o de su mujer, la infinita vergüenza por la violación en público; seres no sólo poseídos por esa infinita angustia y ese supremo pavor, sino, y quizás por eso mismo, guardando en algún rincón de su alma alguna descabellada esperanza.

Es cada vez más evidente que este ensayo general de genocidio crecientemente extensible para un proyecto de dominación total no hubiera podido desplegarse en plenitud sin una red de complicidades directas e indirectas, activas y pasivas. A las ya mencionadas, cabe agregar las de la Iglesia, la justicia, la prensa, otras organizaciones e instituciones sociales y políticas, dirigentes e ideólogos del conservadurismo tradicional, el neofascismo, el desarrollismo, la tecnoburocracia pública y privada. La jerarquía y el grueso de los componentes de la Iglesia argentina —quizás la más retrograda y corrupta de América Latina— se ha comprometido (salvo excepciones tan honrosas como escasas) en el sostén al régimen fascista; en la represión (legitimación explícita, participación en la extracción de informaciones por tortura física y psicológica, y más tarde resistencia al esclarecimiento de la verdad); en la obstaculización al posterior proceso de democratización. Su adhesión a una tradición religiosa, ética y política de exclusivismo e intolerancia, que divide a la humanidad en réprobos y elegidos, la ha mantenido siempre hasta el presente en disponibilidad para promover, integrar y sostener toda propuesta de cruzada reaccionaria.¹⁴

En cuanto a la sociedad, iba arraigándose la idea de la desprotección,

¹⁴ *Op. cit.* nota 9, pp. 259-263. Sobre la persecución contra miembros de diferentes cultos religiosos, ver pp. 347-360.

el oscuro temor de que cualquiera, por inocente que fuese, pudiese caer en aquella infinita caza de brujas, apoderándose de unos el miedo sobrecogedor y de otros una tendencia consciente o inconsciente a justificar el horror: "Por algo será" se murmuraba en voz baja, como queriendo así propiciar a los terribles e inescrutables dioses, mirando como apestados a los hijos de los padres del desaparecido. Sentimientos sin embargo vacilantes, porque se sabía de tantos que habían sido tragados por aquél abismo sin fondo sin ser culpables de nada...¹⁵

Esta necesidad compulsiva de negar una monstruosa realidad de la cual se recibía información por múltiples canales, ha llevado a la aceptación del catálogo de justificaciones, distorsiones de la verdad y mentiras desvergonzadas; a la calificación de las denuncias respecto a la represión como invenciones de una conspiración externa para desacreditar a la Argentina; a diversidad de formas de complicidad activa y pasiva que apuntan a la responsabilidad de una parte considerable de la población en la posibilidad y en éxito de un experimento de aniquilación física y psicológica de toda oposición efectiva o potencial. Ello requiere, sin embargo, considerar otros factores y componentes de este proceso.

IV. HACIA UNA SOCIEDAD PARALIZADA

Al impacto del terror sistemático, que refuerza su eficacia por su propia arbitrariedad y desmesura, debe sumarse la incidencia que sobre los grupos mayoritarios de la población, las clases medias y populares, tienen la baja de ocupación, de ingreso y de nivel de vida; la inflación; las fluctuaciones del sistema económico; la consiguiente preocupación por la supervivencia material, como fuentes de inseguridad, angustia, actividad absorbente para la supervivencia inmediata, repliegue compulsivo en la vida puramente privada. El régimen fascista cubre el periodo de contracción del mercado de trabajo; de caída de la población activa; de reducción global de la clase obrera (industrial y no) mientras la población nacional sigue creciendo (mayor caída relativa); de disminución del porcentaje de trabajadores ocupados en las grandes empresas (dispersión física de los que siguen ocupados); de disminución del nivel de ingreso y de vida. Ello afecta sus formas de organización y acción, de movilización y representación políticas. A la disminución absoluta y relativa de asalariados se contraponen el surgimiento o la expansión

¹⁵ *Op. cit.*, nota 9.

de los trabajadores por cuenta propia (*cuentapropistas*), creciente segmento de la población sin posibilidad de un salario, que busca trabajo, ingreso y supervivencia de manera solitaria y anárquica, sin garantías de mayor bienestar económico, indefinidos e impredecibles en su psicología de grupo y en sus actuales y posibles comportamientos sociales y políticos.¹⁶

De este modo, en la casi totalidad de la población se crea un estado de ánimo hecho de pánico, temor difuso, apatía y conformismo, y una situación-tendencia de parálisis colectiva. Ello se manifiesta en la reducción casi completa de los grandes movimientos de protesta; en la hibernación de los partidos políticos, sindicatos y organizaciones sociales y culturales; en la reticencia a expresar opiniones críticas o heterodoxas en presencia de extraños (o de familiares y amigos); en la autocensura; en los fenómenos de negación y distorsión de realidades perceptibles y de informaciones disponibles; en el agudo debilitamiento o la pérdida total del sentido de compasión y solidaridad.

La parálisis por el terror y la inseguridad se entrelazan con la disponibilidad de hecho por el régimen de bases: los beneficiarios directos; otros sectores relativamente menos maltratados de las mayorías, que reciben beneficios limitados (especulación financiera, empleo público, acceso a la carrera académica o su aceleración), o esperan recibirlos o incrementarlos en el futuro por concesiones del régimen. A ello se agrega el temor a las consecuencias de un posible retorno a la influencia política o al gobierno de partidos predecesores o de alternativas radicales, y sus eventuales consecuencias en términos de ascenso de masas, pérdida de privilegios y de estatus sociales, crisis económicas y políticas, guerra civil; así como el temor a sanciones drásticas del régimen militar contra todo disconformismo, resistencia o protesta. Se estimula así, de mil maneras, el individualismo, el egoísmo, la irresponsabilidad, la competitividad y el conflicto entre las víctimas, a las que se fracciona y manipula por separado.

Las elites militares, tecnoburocráticas y oligárquicas de la coalición gobernante logran así ciertos grados de apoyo subordinado, consenso pasivo o resignación apática de los grandes sectores medios y populares; los disocian del bloque de las víctimas y los manipulan, incluso contra los elegidos como responsables y víctimas propiciatorias. Durante todo este periodo se evidencian signos de derechistas en la psicología, el discurso y el comportamiento de miembros de las clases medias y popula-

¹⁶ Ver "La clase obrera en la Argentina. Tendencias de su evolución y perspectivas", *El Bimestre Político y Económico*, Buenos Aires, Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, año 3, núm. 16, julio-agosto de 1984.

res, incluso los que antes se caracterizaron por grados variables de liberalismo, progresismo o izquierdismo. Se despliegan actitudes de comprensión hacia el autoritarismo y la represión del régimen; exaltaciones nacionalistas en competencias deportivas y conflictos internacionales (Campeonato Mundial de Fútbol, Chile, Malvinas), así como frente a las denuncias, presiones e intentos de investigación que provienen del exterior y el racismo. La prensa abdica de su deberes de información y crítica, y la universidad exhibe una actitud equivalente. Dirigentes políticos y sindicales —con escasas excepciones—, se caracterizan por las conductas cautelosas, negociadoras o abiertamente cómplices.

El descontento y la oposición nunca desaparecen del todo, se mantienen y pueden resurgir en manifestaciones inesperadas. Un número reducido de dirigentes, cuadros militantes y organizaciones sociales, culturales y políticas, y sobre todo de defensa de derechos humanos, mantienen su oposición. Subsisten, sin embargo, grandes obstáculos para su organización y su conversión de fuerzas capaces de enfrentar y, sobre todo, de destruir y remplazar al régimen neofascista.

El fracaso previo a la instauración de la dictadura ha afectado a grandes fuerzas sociales y políticas: al nacional-populismo peronista y al desarrollismo, a las izquierdas y al liberalismo, al sistema partidista y al parlamentario, a la democracia en general. A ello se agrega la pesada carga de responsabilidad que en la destrucción de la democracia constitucional y en la implantación de la dictadura arrastran los derrotados grupos guerrilleros. Las experiencias anteriores y las derrotas social y política que se identifican con la instauración y el éxito del gobierno militar, han infundido en las mayorías la confusión y la desilusión, la desmoralización y la apatía; han desacreditado en general a los que son o pretenden ser dirigentes y representantes del pueblo. La inmensa mayoría de los partidos y organizaciones políticas han dejado una herencia de ambigüedad, paternalismo, autoritarismo, mediocridad, ineficacia, corrupción, desmovilización; parecen incapaces de superar la crisis y de proporcionar alguna propuesta alternativa de confiabilidad y viabilidad mínimas.

Un número considerable de dirigentes, cuadros, miembros y simpatizantes de los partidos, los sindicatos y sus periferias, es asesinado, encarcelado, apaciguado por el terror, la inseguridad y la conciencia del fracaso; o bien, se le exilia. La emigración amputa recursos humanos para la oposición y la salida política en el interior, y al mismo tiempo debilita o descompone a muchos de los que se van. Gran parte del resto de las elites y las organizaciones intelectuales y políticas se paralizan o tratan de adaptarse. Un sector considerable de quienes sobreviven, dentro y

fuera del país, evidencian su incapacidad para la crítica y la autocrítica, la explicación de los fracasos y la asignación de las responsabilidades, la extracción de lecciones del pasado, la preservación de la memoria histórica, el diseño y realización de alguna alternativa por la cual valga la pena luchar. Algunos niegan la derrota, o la consideran —junto con el régimen— un interregno de inevitable superación. Para otros, la admisión de la derrota induce a la impotencia, a la creencia reconocida en el poder irresistible del neofascismo, a la adaptación a las condiciones que impone todo ello para sobrevivir, para aprovecharlo o, incluso, con la ilusión de superarlo. Los esfuerzos compulsivos de algunos intelectuales y académicos para negar carácter fascista al régimen y reinterpretarlo bajo el rubro de diferentes denominaciones, más neutras y respetuosas (autoritarismo burocrático, régimen de excepción, dictadura de nuevo tipo), se acercan peligrosamente a un ejercicio de justificación táctica, de idealización oblicua o de legitimación indirecta, o se confunden con él.

Los sectores que mantienen su integridad, las nuevas generaciones de intelectuales y militantes, carecen así de fuerzas y estructuras con capacidad para mantener o recuperar y enriquecer la memoria histórica, y para reconstruir o superar las tradiciones culturales, políticas, organizativas y de acción. Ejemplo de ello es la destrucción o la emasculación de las universidades e instituciones culturales, de los medios independientes de información y comunicación, de los sindicatos y partidos.

El régimen puede así, durante un tiempo considerable, controlar el Estado y la sociedad, sin que se prevean graves amenazas para su continuidad. Aquél comienza, sin embargo, a verse erosionado por algunos de sus propios rasgos y efectos, y por una acumulación de fracasos. La crisis estructural, en lo interno y lo internacional, limita o suprime el crecimiento económico. El aparato productivo es semidestruido, la economía se estanca. Sectores medios y obreros se empobrecen y desintegran. La sociedad civil se reduce a su mínima expresión. Las formas elementales de una vida democrática son exterminadas o entran en extinción. La cultura y la ciencia se estancan y asfixian. La vida personal y las condiciones de la existencia cotidiana se degradan sin esperanzas. La situación y las posibilidades del país en el sistema internacional se deterioran. El régimen va perdiendo legitimidad por eficacia, al revelarse su incapacidad de promover el crecimiento y la modernización superficiales. Al mismo tiempo, van aumentando gradualmente la conciencia y la protesta pública por las dimensiones monstruosas de la represión.

La cúpula militar comienza a considerar la posibilidad de una salida

institucional hacia un gobierno bajo tutela castrense, con las formas de una democracia controlada y restringida. La auténtica democratización no resulta de una movilización popular contra la dictadura, sino de una acumulación de acontecimientos más o menos azarosos e imprevistos, sobre todo un gigantesco fracaso militar.

V. LA GUERRA DE LAS MALVINAS: A LA APERTURA DEMOCRÁTICA POR LA DERROTA MILITAR

La guerra de las Malvinas, que comienza el 2 de abril de 1982 con el desembarco de fuerzas argentinas, y concluye diez semanas más tarde con su rendición al cuerpo expedicionario británico, es un proceso multi-dimensional y complejo. Sus repercusiones directas e indirectas se van desplegando desde su comienzo mismo, y se siguen proyectando cuatro años después hacia el presente y hacia un futuro imprevisible. El conflicto ha revelado la complejidad y el dinamismo, lo impredecible y la explosividad de los fenómenos que entrelazan fuerzas, e intereses y procesos de tipo nacional e internacional. A la quiebra de esquemas y estereotipos se unen la confusión y el desconcierto de gobernantes y políticos, jefes militares y analistas, ideólogos y pueblos directamente implicados.¹⁷

Si bien Argentina nunca abandonó su reclamación sobre el archipiélago, basada en sólidos derechos de tipo geográfico, histórico, jurídico y diplomático, y ha mantenido con Gran Bretaña negociaciones que ésta dilata indefinidamente, casi nada indica a principios de 1982 la probabilidad de una operación recuperatoria mediante el uso de la fuerza.¹⁸ El régimen neofascista nunca mostró una preocupación activa por la defensa de los intereses nacionales. Sus políticas, por el contrario, llevan a la Argentina a la más grave situación de debilidad, dependencia y ruina de toda su historia. Para comprender la Operación Malvinas, varios factores y circunstancias deben considerarse.

¹⁷ Para un análisis más amplio y detallado del conflicto, ver: Kaplan, Marcos, "La Guerra de las Malvinas - Aspectos Políticos y Jurídicos", *Boletín Mexicano de Derecho Comparado*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, nueva serie, año XVII, núm. 49, enero-abril de 1984.

¹⁸ Ver Lichstein, Sabaté, *Problemas argentinos de soberanía territorial*, 2a. ed., Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1979; Tesler, Mario, *Malvinas; Cómo Estados Unidos provocó la usurpación inglesa*, Buenos Aires, Galerna, 1979; Caillet-Bois, Ricardo, *Una tierra argentina; las islas Malvinas. Ensayo basado en una nueva y desconocida documentación*, 2a. ed., Buenos Aires, Peuser, 1952; Torres Revello, José, *Bibliografía de las islas Malvinas*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1953; Ruiz Moreno, Isidoro Jorge, *El derecho de soberanía a las islas Malvinas y adyacencias de la República argentina*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1982.

1. Razones y sinrazones del régimen militar argentino

A. Las elites militares y tecnoburocráticas del régimen argentino se identifican con un proyecto propio de dominación interna y de hegemonía regional. A la militarización de la sociedad en respuesta a lo que se califica como subversión interna, corresponde la *idea de cruzada contra* la subversión internacional, que requiere, a su vez, una reestructuración del campo político-militar en Latinoamérica y en el mundo, comenzando por el logro de un *papel hegemónico en la región*. Ello supone, por una parte, el enfrentamiento incluso militar con regímenes similares pero competitivos y con intenciones simétricas (Chile, Brasil). Implica, por otra parte, la fantasía de sustituir a la hegemonía de los Estados Unidos como poder regional e internacional. El régimen argentino crea, en el país y en América Latina, condiciones favorables a los intereses estratégicos de los Estados Unidos, pero ejerce al mismo tiempo grados y formas de autonomía respecto a ellos que pueden desoír o contrariar sus objetivos y decisiones.

B. La Operación Malvinas busca contrarrestar el desgaste del régimen, que resulta de la represión multiplicadora de muertos, desaparecidos, torturados y encarcelados; de la catástrofe económica; del malestar social; de la asfixia cultural y la supresión de todo vestigio de vida democrática; del peligro de disolución nacional. A ellos se agregan las fisuras entre las tres armas y en el interior de ellas.

Operación de prestigio, huida hacia adelante, la Operación Malvinas busca desviar y canalizar malestares y oposiciones hacia un conflicto externo, galvanizar la nación, reconstruir la unidad y la paz sociales, restaurar la imagen de las fuerzas armadas, dar algo de legitimidad y consenso a un régimen que nunca logró la primera y ha perdido lo que en algunos sectores tuvo del segundo. Se ha tratado de consolidar el entonces presidente Galtieri y su grupo, como garantía de continuidad del régimen y de sus políticas socioeconómicas. El éxito en la Operación Malvinas otorgaría a dicho general-presidente la aureola y los atavíos de un cesarismo militar-populista, legitimado por un plebiscito interno que permitiría una salida sedicentemente democrática, pero restringida y bajo estricto control de las fuerzas armadas.

Las primeras reacciones de grupos medios y populares, y de dirigentes políticos, sindicales y empresariales, de medios de masas, e incluso de algunos grupos exiliados, sugieren que estos objetivos no eran totalmente descabellados y tuvieron cierto éxito inicial, a través del despliegue de un nacionalismo emocional y acrítico en sectores víctimas del

régimen, y de ingenuos cálculos maquiavélicos en ciertos representantes de la oposición política.

C. Las islas Malvinas y Georgia del Sur tienen *importancia estratégica y económica*. Constituyen un nudo de comunicaciones entre tres océanos. Contienen reservas petrolíferas, minerales y pesqueras. Su posesión refuerza derechos alegados respecto a la Antártida. Ello alimenta los sueños de conversión de la Argentina en potencia regional y mundial. La demostración de capacidad bélica frente a Gran Bretaña emitiría un mensaje de advertencia a Chile para no endurecerse en el litigio sobre el Canal de Beagle que se acerca entonces a la decisión.

El gobierno Galtieri busca además persuadir a los Estados Unidos de que Argentina puede ser el más seguro aliado en el hemisferio occidental, para la seguridad del Atlántico Sur y la "normalización" de la crisis centroamericana y caribeña. Como contrapartida, se espera su simpatía y apoyo para la recuperación de las Malvinas.

2. Caracteres y consecuencias

Ocupadas las Malvinas por las fuerzas argentinas el 2 de abril de 1982, se evidencia la arrogancia y el triunfalismo de los dirigentes militares y políticos del régimen argentino, el modo desinformado e imprevisor, la incompetencia e irresponsabilidad con las que deciden y ejecutan la operación. Varias razones contribuyen a la ilusión inicial de que dicha operación se cumplirá y tendrá éxito, sin grandes dificultades ni consecuencias negativas.

A. La operación parece haberse cumplido sólo para concentrar la atención internacional y reforzar la posición argentina en las negociaciones, sin proyecto inicial de convertirla en una ocupación definitiva. Es la intensidad y amplitud de la primera reacción popular que habría impedido al gobierno militar retirar las fuerzas del archipiélago inmediatamente después de cumplida la ocupación simbólica.

B. Las fuerzas armadas argentinas no han conocido la guerra durante más de un siglo, y han operado cada vez más para la seguridad interna, la hipertrofia de su papel político, el goce de la hegemonía en el país y eventuales conflictos con países limítrofes. La experiencia de la última década los persuade de que la violencia indiscriminada contra opositores internos y víctimas indefensas garantizaría también el triunfo contra Gran Bretaña, por la disuación preventiva o el fácil éxito si la guerra se diera. El gobierno Galtieri es sorprendido por la reacción británica y por la necesidad de enfrentar una guerra contemporánea con un Reino Unido ayudado por los Estados Unidos y apoyado por Europa occidental y la NATO.

C. Autodefinido como *blanco, cristiano, occidental y anticomunista*, avatar conosureño y tardío de un trasnochado espíritu de integrista y santa alianza a la escala de la región y de los tiempos, el régimen argentino se ha ido preparando para abandonar el bloque de los no alineados, y para intervenir directamente junto a los Estados Unidos en Centroamérica y en el Caribe. Se descuenta, por tanto, la simpatía y el apoyo, o la neutralidad benevolente, de los países occidentales desarrollados. La sorpresa de la dirección argentina es así doble. Por una parte, ante el vuelco de los Estados Unidos en favor de su más viejo y fiel aliado y segundo miembro en importancia de la NATO, y ante la solidaridad de Europa occidental con Gran Bretaña. Por otra parte, ante la simpatía y las ofertas de apoyo de países más o menos mestizos o de pigmentaciones heterodoxas, latinoamericanos, del Tercer Mundo o Sur, ateos, musulmanes y paganos, orientales y colectivistas.

D. El régimen argentino no se ha preparado adecuadamente para la guerra contemporánea —de final del segundo milenio— con Gran Bretaña, que por otra parte supuso que no tendría lugar. Ha llevado a cabo una estrategia interna de desnacionalización y regresión económicas; de desindustrialización; de degradación y destrucción de recursos humanos, culturales y científico-tecnológicos; de represión genocida y de pauperización de los grupos mayoritarios; de destrucción de todo vestigio de democracia, de legitimidad y de consenso dignas de tal nombre.

E. El régimen argentino ignora o subestima la correlación notablemente desfavorable de fuerzas, y la necesidad de una preparación y realización serias para contrarrestarla y superarla. Los principales responsables de las operaciones bélicas y diplomáticas van a ir evidenciando, cada vez más, un alto grado de incapacidad, irresponsabilidad, delirio y corrupción, en combinaciones variables según los casos, pero cuyas dimensiones totales y detalladas sólo se irán revelando con el tiempo (transferencia de responsabilidades entre jefes y facciones rivales, eventual apertura futura de archivos gubernamentales).

Las limitaciones y errores del régimen militar comienzan a traducirse en fracasos diplomáticos y bélicos, hasta la capitulación tras 22 días de sangrientos combates en aire, tierra y mar, y el posterior estancamiento de las negociaciones diplomáticas.

El gobierno argentino no logra que se declare en su favor la aplicabilidad de la hipótesis de legítimo recurso a la fuerza en respuesta a una agresión armada, o como lucha de liberación nacional. A la inversa, Gran Bretaña invoca con éxito la legítima defensa contra agresión y obtiene del Consejo de Seguridad la Resolución 502.

Los países latinoamericanos dan un respaldo casi unánime a la

oposición argentina (lo mismo que el movimiento de no alineados), aunque los apoyos varían según países, sectores, motivos, matices y alcances. Los países con reclamaciones territoriales contra vecinos simpatizan con el comportamiento del gobierno argentino, eventual justificación de acciones similares en el futuro. En la mayoría de los países latinoamericanos prevalecen resentimientos contra Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa occidental. La guerra es colocada en el contexto del conflicto Norte-Sur. La coyuntura favorece la renegociación de las relaciones con los países capitalistas avanzados, y la recuperación de las ideas de cooperación e integración entre países de América Latina y del Sur.

El apoyo regional es, sin embargo, restringido en su alcance y en su efectividad por: rivalidades y conflictos entre países de la región; antecedentes represivos y agresivos del régimen militar argentino, su uso directo de la fuerza, el posible refuerzo de su expansionismo; cautela por las posibles represalias de Gran Bretaña y los Estados Unidos contra quienes se solidaricen con la Argentina.

El sistema de la OEA y el del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca son invocados en principio en favor de la Argentina, pero los cancilleres latinoamericanos no llegan a concretar apoyos significativos para ésta. Algo similar ocurre con el Bloque de Países No Alineados.¹⁹

3. Las potencias: ninguna grandeza, muchas servidumbres

La Unión Soviética se complace en un conflicto que fisiona el bloque occidental, y le permite estrechar vínculos con la Argentina (gran proveedora de alimentos) y con América Latina. Evita, sin embargo, toda implicación abierta, que tensaría aun más las relaciones con Estados Unidos y Gran Bretaña y no dejaría de suscitar maliciosas referencias a casos como el de Afganistán y Europa oriental en la polémica aérea de la autodeterminación de los pueblos. La Unión Soviética combina la simpatía formal y vaga hacia Argentina con la injerencia directa a través de Cuba. Fuera de las declaraciones de simpatía y de las promesas de ayuda, el apoyo de la Unión Soviética y su bloque al régimen argentino no ha sido al parecer demasiado significativo.

El gobierno británico de la *premier* Margaret Thatcher sobreestima la influencia de los Estados Unidos sobre América Latina y de sus

¹⁹ Gros Espiell, Héctor, "El caso de las islas Malvinas. Necesarias puntualizaciones" y "Goa y Malvinas", *Revista Internacional y Diplomática*, núm. 378, mayo de 1982.

estrechas relaciones con el régimen del general Galtieri, para impedir una iniciativa bélica y, luego, junto con la solidaridad de Europa occidental, para disuadir al mismo de mantener su posición en las islas por las armas.

La determinación bélica del gobierno británico ha tenido y tiene poco que ver con la preocupación por los derechos de los malvinenses y con la defensa de la democracia contra la dictadura argentina. Ha servido mucho más para desviar la atención del pueblo británico de la grave crisis interna y del deterioro de la posición inglesa en el sistema internacional. Este significado y el éxito en el campo de batalla, han reforzado al partido conservador y a su capacidad de movilización política en torno al aumento del papel independiente de Gran Bretaña en los conflictos diplomáticos y militares del sistema internacional.²⁰

Al mismo tiempo, la guerra ha desgastado —en América Latina y en el Sur— la imagen de Gran Bretaña, pero también la de los Estados Unidos, de Europa occidental y de la NATO, por la implicación en una guerra neocolonialista, y por las debilidades y fallas que la fuerza expedicionaria británica reveló en el terreno. A los costos económicos militares de la operación bélica en sí misma, se agrega el deterioro de la imagen de la City de Londres como centro financiero, por su falta de respeto a las reglas del juego prevalecientes en el orden monetario y bancario internacional.

Con sus diferentes formas de solidaridad —no excluyentes de maniobras de egoísmo nacional y mala fe entre ellos—, los aliados eurooccidentales de Gran Bretaña han revelado la persistente gravitación del neocolonialismo y de la mentalidad chovinista y etnocéntrica, en los niveles de gobiernos, fuerzas políticas y grupos mayoritarios, por encima y más allá de diferencias políticas e ideológicas.

El gobierno Reagan es también sorprendido por el conflicto y sus repercusiones. Sobreestima la capacidad de control de los Estados Unidos sobre el régimen del general Galtieri. Se ve luego obligado —por su propia naturaleza, por las presiones del *establishment* norteamericano, por las coacciones de la alianza occidental— a dar apoyo (político, diplomático, logístico e informativo) a su principal aliado. Ello evidencia, a la opinión pública de América Latina y del mundo, la doble lealtad que afecta a la política de los Estados Unidos, hacia

²⁰ Ver Freedman, Lawrence, "The War of the Falkland Islands, 1982", *Foreign Affairs*, Nueva York, vol. 61, núm. 1, otoño de 1982, pp. 196 y 210; Gamble, Andrew, "¿Resistirá el triunfo de los conservadores después de la victoria de las Malvinas a la persistencia de las dificultades económicas?", *Le Monde Diplomatique en Español*, México, agosto de 1982; Annan, Noel, "Mrs. Thatcher's Case", *The New York Review of Books*, 15 de julio de 1982.

el hemisferio occidental, y hacia los aliados atlánticos. La duplicidad es unificada por la lógica de la "guerra fría", del enfrentamiento Oeste-Este, en contradicción con la lógica del conflicto Norte-Sur. Resulta ahora que todos somos occidentales, pero algunos somos más occidentales que otros. Ello impide la aplicación de la Doctrina Monroe, y del sistema OEA-TIAR. Se debilitan así los lazos de los gobiernos de Argentina y de la casi totalidad de países latinoamericanos con los Estados Unidos, y con su lucha contra la Unión Soviética y su bloque, sus aliados y sus simpatizantes.

4. Problemas pendientes y tendencias de evolución

A. La combinación de arrogancia y triunfalismo, de ignorancia e imprevisión, de incompetencia e irresponsabilidad, de corrupción y cobardía, con que se decide y ejecuta la Operación Malvinas, produce la conocida catástrofe. Ello lleva a una acumulación de responsabilidad y desprestigio del régimen, no sólo ya por sus crímenes y fracasos anteriores, sino también ahora por la incapacidad profesional. El malestar difuso y el distanciamiento creciente de la población se transforman en repudio masivo y en exigencia generalizada de regreso a los cuarteles, de restauración de la democracia y del gobierno civil, sin condicionamientos ni tutelas. La unidad de las fuerzas armadas se fractura y su capacidad de gobierno se vuelve ficticia e inoperante. El régimen pierde toda credibilidad en lo interno, ante las potencias y naciones desarrolladas, en América Latina. La apertura democrática es finalmente posibilitada por la arrogancia y ceguera del liderazgo neofascista, que especula con el impacto destructivo de su gestión, con su capacidad de control y presión para ejercer una futura tutela sobre el Estado, y con el esperado triunfo de un peronismo interesado en la alianza con las fuerzas armadas y en el despliegue de una política conservadora o fuertemente regresiva. La acumulación de factores y manifestaciones de la crisis y de la catástrofe juegan un papel decisivo en el triunfo del radicalismo alfonsista, y otorgan al nuevo gobierno un margen de maniobra y un periodo de gracia. Le plantean también, y con ello el proceso de democratización, una gama de obstáculos, peligros y dilemas.

B. El apoyo de la mayoría de los países latinoamericanos a la posición argentina se sigue viendo restringido por: el temor al militarismo argentino y al mantenimiento del régimen autocrático por tiempo indefinido; la acumulación de los problemas internos y del impacto de la crisis mundial; el temor a las represalias de Estados Unidos, Gran

Bretaña y algunos de sus aliados; la tendencia a la búsqueda de acuerdos satisfactorios con los países capitalistas avanzados. No es excluible, por otra parte, que el agravamiento de la crisis económico-financiera induzca a ciertos países latinoamericanos a un endurecimiento de sus relaciones con las metrópolis desarrolladas y el sistema monetario internacional, y a un refuerzo de tendencias nacionalistas, tercermundistas, e incluso socializantes *sui generis*.

C. El gobierno de los Estados Unidos busca romper sus deterioradas relaciones con América Latina y restaurar, en la medida de lo posible, el funcionamiento del sistema interamericano. Para ello, intenta asumir el papel de moderador y árbitro entre Gran Bretaña, incitándole a una posición más conciliadora, y Argentina y América Latina, a quienes se presiona en favor de una reducción de sus intransigencias.

El gobierno británico se resiste a dar ventajas, a la Argentina, que favorezcan sus reclamaciones sobre las islas. Sabe al mismo tiempo que no puede mantener indefinidamente la actual situación, y que debe proponer una solución más aceptable para los intereses en conflicto. Una ofensiva diplomática de Gran Bretaña busca dividir al frente latinoamericano, aislar a la Argentina, neutralizar o atraer a varios de los principales países de la región.

D. Sobre el trasfondo general, se consideran una serie de *alternativas* respecto al *futuro de las islas Malvinas*, sobre todo las siguientes:

a) Conversión en una fortaleza británica; o creación de un mini-Estado independiente, bajo protección militar de Gran Bretaña y como transición a la independencia.

b) Base conjunta de Gran Bretaña, Estados Unidos y/o una fuerza multinacional.²¹

c) Ocupación conjunta Estados Unidos-Brasil.

d) Ocupación por una fuerza de paz de las Naciones Unidas.

e) Conversión de las islas en base norteamericana, según el esquema aplicado a la Isla Ascensión, como parte de una red de islas-base, dirigidas contra la Unión Soviética y sus aliados.

f) Base de la NATO.

g) Vinculación del futuro de las islas Malvinas, Georgia y Sandwich del Sur al Tratado de la Antártida, cuya expiración en 1991 ha replanteado ya la puja entre los 14 países signatarios por el control de los territorios, de sus cuantiosas reservas de recursos minerales

²¹ Sobre las dos primeras alternativas, el gobierno británico ha publicado, en septiembre de 1982, el estudio de Lord Shackleton, *Falkland Islands Economic Study, 1982*, el resumen de cuyas conclusiones se hace en *América Latina-Informe Político* (IL-82-01), Londres, 17 de septiembre de 1982.

y energéticos, y de su incalculable potencial estratégico. La Guerra de las Malvinas preludia otros conflictos armados en la carrera por la Antártida.²²

Ello recuerda, para concluir, la contribución de la guerra de las Malvinas a la intensificación del armamentismo y del militarismo. Aquélla reforzó la tendencia al uso de la violencia militar para dirimir conflictos territoriales; permitió la prueba en el terreno y la evaluación crítica de estrategias, tácticas y armamentos en proceso de investigación-desarrollo; intensificó la competencia entre países y consorcios proveedores de armas y asistencia técnica, respecto a los mercados latinoamericanos y del Tercer Mundo.²³

²² Ver Lutzenkirche, Willy, "La conferencia de la Antártida lucha por las materias primas en el hielo eterno", *Rheinischer Merkur/Christ und Welt*, 2.7.1982, reproducido en *Tribuna Alemana*, núm. 838, 28 de julio de 1982.

²³ Ver Salmon, J.A. Jean, "Défense de l'intégrité territoriale et libre détermination des populations" y Buhrer, Jean-Claude, "Nationalismes et litiges territoriaux" en *Le Monde Diplomatique*, París, junio de 1982; Grabendorff, Wolf, "Interstate Conflict Behavior and Regional Potential for Conflict in Latin America", *Working Papers*, Washington, Latin American Program, The Wilson Center, núm. 116, 1982.